

mo dice Estrabón, era muy pobre, ⁽¹⁾ y que todavía Nerón le arrebató 500 efigies de bronce, ⁽²⁾ encerraba aún 3.000 estatuas. Lo mismo se cuenta de Atenas y Corinto. ⁽³⁾ El teatro de Scauro, que había sido construído en un mes, contenía 360 columnas y 3.000 estatuas de bronce. ⁽⁴⁾ Finalmente, había en Roma 2 colosos, 22 estatuas ecuestres gigantescas, 80 estatuas doradas de dioses y 74 de marfil, 3.785 columnas con estatuas de bronce; en junto, más de 10.000 monumentos públicos. ⁽⁵⁾

La predilección por las piedras raras, que hizo explotar canteras en los países más lejanos, provocaba igualmente al lujo más desordenado. Lo que todavía resta de mármoles—numidios, egipcios, libios, frigios, carios, proconesios—y de pórfidos y granitos, nos da una idea de la suntuosidad que debió desplegarse en las habitaciones privadas y en los templos. Pero lo que supera toda descripción es la magnificencia de los baños públicos, que Roma poseía en número de 856, á la vez que 423 templos y 1.352 fuentes. ⁽⁶⁾ En las Termas de Antonino había 1.600 asientos de mármol pulido, y en las de Diocleciano el doble. ⁽⁷⁾

En estas construcciones, así como en los teatros, en los magníficos anfiteatros y en otros edificios análogos, en la admirable red de carreteras, en los puentes, viaductos, acueductos y cloacas de que habían cubierto al mundo, en la ciencia de abrir grandiosos túneles, ⁽⁸⁾ es en donde los romanos mostraron particularmente su habilidad en el arte arquitectónico. ⁽⁹⁾ Todavía hoy vive el mundo de los restos de sus trabajos, y debe confesar con confusión que, á pesar de todos los progresos de la técnica moderna, no puede rivalizar ni con su au-

(1) Strabón, 4, 1, 13; 9, 3, 8.

(2) Pausanias, 10, 7, 1.

(3) Plinio, 34, 17 (7), 1.

(4) Plinio, 34, 17 (7), 1; 26, 24 (15), 10, 11.

(5) Forbiger, *Hellas und Rom*, I, 379; III, 278 y sig., 304 y sig. Friedländer, *Sittengesch. Roms*, (1) III, 181. Gregorovio, *Rom*, (3) I, 78 y sig.

(6) Gregorovio, *Gesch. der Stadt Rom*, (3) I, 54.

(7) Olympiodor, *loc. cit.*,

(8) *Allgem. Zeitung.*, 1895.

(9) Acilio Glabrio, *Fragm.*, 3 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 98).

dacia ni con su mecánica. ¿Qué arquitecto nos ofrecería hoy, no obstante el vapor y las máquinas que tiene á su disposición, una obra maestra como la de los arquitectos de Nerón, Severo y Céler, ⁽¹⁾ los cuales elevaron en la *casa dorada* del emperador, sobre el gran comedor, una cúpula gigantesca que giraba noche y día en torno de su eje? ⁽²⁾ El ya nombrado teatro de Emilio Scauro, que podía contener 80.000 espectadores, constaba de tres pisos; la ornamentación de la parte baja era de mármol, la del segundo piso, de cristal,—es decir, de columnas cuyas paredes de unión eran de cristal, ⁽³⁾—y la del superior de madera dorada. El edificio estaba también adornado de tan numerosos y costosos mosaicos y cuadros, que era imposible hallar otro igual. ⁽⁴⁾ Pero todavía supera Escibonio Curio á Escario, no ciertamente en esplendor, pero sí en habilidad artística y en audacia, pues construyó un teatro formado de dos partes, ó, mejor dicho, dos teatros semicirculares independientes, cada uno de los cuales podía contener 50.000 espectadores. Por la mañana se daban representaciones en los dos edificios separados, y por la tarde, se les hacía girar sobre sí mismos sin que nadie tuviese que abandonar su puesto; uníanse entonces las cuatro extremidades, y los dos teatros formaban un anfiteatro en el que se encontraban 100.000 espectadores. «¿Qué debemos admirar más aquí?—pregunta Plinio con razón.—¿El inventor ó la invención? ¿el constructor ó el autor del proyecto? ¿ó bien el pueblo ligero suspendido sobre una máquina y aplaudiendo su propio peligro de muerte?» ⁽⁵⁾

No hay duda de que los romanos fueron muy lejos, por lo menos en las cosas que hacían agradable la vida. Se comprende fácilmente que dijeran que el que no había vis-

(1) Tácito, *Annal.*, XV, 42.

(2) Sueton., *Nero*, 31.

(3) Plinio, *Ep.* 2, 17: specularibus obductis reductisque. Séneca, *Provid.*, 4, 9; *Ep.* 90, 25.

(4) Plinio, 36, 24 (15), 10 y sig.; 8 (6), 2; 64 (25), 1.

(5) Plinio, XXXVI, 24 (15), 14 y sig.

to su ciudad era tan digno de lástima como el que no veía la luz del sol. ⁽¹⁾ Jamás pueblo alguno les ha igualado en la pompa y prodigalidad de sus fiestas y juegos. Los espectáculos, los bailes, los combates de gladiadores, las naumachias colosales ejecutadas sobre lagos improvisados, ⁽²⁾ los conciertos, las luchas de atletas, las carreras de vehículos, se sucedían sin interrupción. La imaginación no da crédito á la magnificencia de que se rodeaba todo esto; la destreza que en ello se desplegaba causa verdadero asombro. Comenzábase por ofrecer combates de fieras en la arena, y luego se inundaba ésta de repente; echábanse al agua galeras, y se asistía á un combate naval. Terminado éste, se hacía desaparecer agua y galeras, y se daba un combate de gladiadores. Tenían máquinas para sumergir y máquinas para volar. Se producían los animales más raros, ó los presentaban amaestrados en cosas que parecen increíbles, como elefantes que danzaban sobre una cuerda ó escribían el griego, ⁽³⁾ leones que podían emplearse en la caza de liebres, ⁽⁴⁾ y toros salvajes que, parecidos á osos, danzaban sobre sus patas traseras, empuñando un bastón con las anteriores. ⁽⁵⁾

Añadíanse á esto los goces intelectuales. Viajar, visitar países ó aguas, era, como en el día, una enfermedad de moda. Acerca de este punto, tendremos que cambiar tan profundamente de convicciones como en lo tocante al género de vida de la Edad Media. Se ha creído poder refutar la opinión tradicional sobre la rápida difusión del Cristianismo, negando á los antiguos el placer y la posibilidad de viajar; mas esto se apoya únicamente en la ignorancia completa de la realidad. ⁽⁶⁾ En la antigüedad se viajaba, no solamente mucho, sino también rápida y cómodamen-

- (1) Calínico Pétreo (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 663).
 (2) Friedländer, *Sittengeschichte*, (1) II, 237 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom*, I, 390 y sig. Pauly *Real Encykl.*, V, 470 y sig.
 (3) Sueton., *Galba*, 6. Plinio, VIII, 3, 1.
 (4) Marcial, I, 7, 15, 23, 49, 52, 105, 13 y sig.
 (5) *Ælian.*, *Nat. an.*, VII, 4.
 (6) Friedländer, (1), II, 3-122. Pauly, V, 1944 y sig.

te. ⁽¹⁾ No queremos extendernos sobre la extraordinaria facilidad con que se realizaban entonces los viajes. Los grandes señores, como César, ⁽²⁾ y Tiberio, ⁽³⁾ podían naturalmente hacer grandiosas marchas forzadas de 100 millas en 12 horas, 200 en 24, etc. Pero también otras personas podían ir en 7, y aun en 6 días, de Sicilia á Alejandría, en 7 de la Columnas de Hércules á Ostia, en 4 de Ostia al Oriente de España, en 3 á Narbona, en 2 á África, ⁽⁴⁾ en menos de 6 de Marsella á Roma. ⁽⁵⁾ Los correos imperiales, introducidos por Augusto, ⁽⁶⁾ no solamente estaban muy bien organizados, sino que parece que hacían cuestión de honor no dejarse sobrepasar en rapidez por nadie. Así, un particular podía hacer en 10 horas 56 millas con correo rápido. ⁽⁷⁾ El correo del Estado no necesitaba 6 días completos para recorrer las 747 millas que separan á Antioquía de Constantinopla. ⁽⁸⁾ Tenían carruajes, simones y otros vehículos muy cómodos, ⁽⁹⁾ como hoy día. Los cocheros formaban asociaciones, ⁽¹⁰⁾ y en las localidades de cierta importancia había á veces magníficas fondas para escoger, según la conveniencia de los viajeros. ⁽¹¹⁾

Los que eran ricos viajaban naturalmente con sus propios equipajes; pero ¡qué equipajes aquellos! Había carrozas para leer (porque la invención de nuestros Murray y de nuestros Bœdeker, lo mismo que la de los mapas ⁽¹²⁾ y las lecturas especiales para los viajeros, es ya muy anti-

(1) Quizás sirva esto para esclarecer las dificultades que encuentran los exégetas sobre la llegada de los Magos á Jerusalem. Una milla romana tiene 1478 metros, casi 1'5 kilómetros. De París á Bruselas hay 200 millas (311 kil.). Según estos datos, podrían hacerse en una hora de 8 á 10 kil. y forzando la marcha, de 10 á 12.

(2) Sueton., *Cæsar.*, 57.

(3) Plinio, VII, 20, 1. Valer. Max., V, 5, 3.

(4) Plinio, XIX, 1, 3.

(5) Tácito, *Anales*, XIV, 57.

(6) Suetonio, *Aug.*, 49.

(7) Cicer., *Pro Ros. Amer.*, VII.

(8) Friedländer, (1) II, 8.

(9) *Id.*, II, 8. Forbiger, I, 41, 45.

(10) Friedländer, (1) II, 8.

(11) Epictet., D. 2, 23, 36. Strabón, 12, 8, 17; 17, 1, 17.

(12) Veget., 3, 6. Plinio, VII, 3 (2), 14. Suetonio, *Domit.*, 10.

gua); (1) las había también para escribir, (2) para dibujar, (3) y para jugar. (4) Los *sleeping-cars* modernos, llamados también coches-camas, triunfo de la genial inventiva americana, eran también perfectamente conocidos en la antigüedad. (5) Aun el nuevo aparato por medio del cual registra un vehículo su propio movimiento, el tiempo y la distancia, existía ya en aquella época. (6)

Precisamente también en beneficio de los literatos que viajaban mucho ó residían en sus lejanas propiedades, fundó César (7) un *Periódico oficial* (8) que diariamente daba cuenta á los lectores, ávidos de noticias y de escándalos, de los acontecimientos más recientes del Estado y de la ciudad, ocurridos en Roma ó fuera de ella. Porque también en aquella época se leía y se murmuraba mucho; (9) y esto es lo que explica igualmente la prosperidad de la librería (10) en aquel tiempo, pues, era de buen tono mostrarse amante de las cosas científicas y espirituales. (11) Naturalmente que todas aquellas manías que tenían su asiento en salones y círculos, todas aquellas lecturas privadas y públicas, no reconocían, al igual que hoy, por único fin el deseo de instruirse, pues todo ello no servía más que para satisfacer la curiosidad ó la necesidad de cambios y distracciones. En una sociedad en que todo el mundo es músico, lector, escritor y poeta, no hay que creer que reconozca ello por causa el interés de la verdadera civilización. (12)

(1) Marcial, XIV, 184 y sig.

(2) Plinio, *Ep.* III, 5.

(3) Ælian., *Var. hist.*, XIV, 12.

(4) Suetonio, *Claudius*, 33.

(5) *Carruca dormitoria*, Digest. XXXIV, 2, 13.

(6) Jul. Capitolin., *Pertinax*, 8.

(7) Suetonio, *Cesar*, 20.

(8) *Diurna acta*, Pauly, *Real Encykl.*, (2) I, 134 y sig.

(9) Cicerón, *Pro Coelio*, 16 (maledica civitas). Séneca, *Tranquill. an.*, XII, 7. Tácito, *Anales*, XI, 27 (civitas omnium gnara et nihil retinens); 13, 6 (*urbs sermonum avida*).

(10) Schmidt, *Denk-und Glaubensfreiheit im 1 Jahrh.*, 109-155.

(11) Juvenal, VI, 186 y sig. Ovid., *Trist.*, II, 369 y sig. Aullo Gel., I, 10. Spart., *Hadr.*, 15.

(12) Séneca, *Tranquill.*, an. 9.

Para convencerse de ello, bastará observar la especie de literatura que con mayor afán se devoraba. No pocos poetas, sobre todo los de la especie de Ovidio y de Marcial, veíanse obligados á declarar, por motivos de honor y de conciencia, (1) que no eran tan malos como sus escritos, (2) y que tampoco hubiesen escrito tan malas cosas, si la rápida venta de sus obras no los hubiese convencido de que la época tenía necesidad de semejante alimento. (3) Á esto hay que agregar aquellas famosas novelas griegas, dignas precursoras del gran diluvio posterior de obras análogas, que los romanos tradujeron concienzudamente en latín, aumentándolas algo á veces, (4) ó imitaron libremente en provecho de sus conciudadanos medio instruídos. (5) La pasión por esta especie de libros era tal, que se leían y se hacían leer en la mesa, (6) y aun los oficiales se recreaban con ellos cuando partían para una expedición, (7) con gran escándalo de los bárbaros, los cuales no tardaron en darse cuenta de que ya no quedaban restos del antiguo vigor romano en aquellos seres afeminados y enervados, y de que aquella sociedad marchaba rápidamente á su ruina. (8)

3. Agotamiento del mundo antiguo por su civilización.—Y era la verdad. Por grandes que fuesen los progresos exteriores, por subyugadora que fuese la magnificencia que resplandecía á lo lejos, no se necesita mucha perspicacia para ver que aquel mundo tan fastuoso, tan fino, estaba á dos pasos del abismo. Hay que reconocer que se había elevado á un grado muy alto en la cultura exterior, mérito que no podemos ni debemos rehusarle, siquiera lamentemos la profunda corrupción moral que contaminaba

(1) Marcial., I, *præf.*, 3, 69, 4 y sig., 5, 2; 1, VIII, *præf.*, II, 16, 7.

(2) Ovid., *Trist.*, II, 353 y sig. Marcial, I, 5, 8; XI, 15, 13.

(3) Ovid., *Trist.*, II, 358, 519. Marcial, III, 95, 7; V, 13, 3; VI, 6, 64, 25; 7, 88, 97. Pero lo peor, V, 16.

(4) Ovid., *Trist.*, II, 444.

(5) Ovid., *Trist.*, II, 415 y sig.

(6) Marcial, II, 1, 9 y sig.

(7) Marcial, XI, 3, 3 y sig. Plutarco, *Crassus*, XXXII, 4.

(8) Plutarco, *ibid.*, XXXII, 4 y siguientes.

gran parte de su civilización; pero, con todo, aquella elevación casi había agotado sus fuerzas.

Parecía que el mundo quería extinguirse. ⁽¹⁾ Grecia estaba casi desierta en muchos puntos, las ciudades despobladas, las tierras exhaustas. ⁽²⁾ Megalópolis, la capital de Arcadia, que en otro tiempo tenía 15.000 hombres sobre las armas, ⁽³⁾ era entonces un montón de ruinas; ⁽⁴⁾ la antigua Panope ya no se componía más que de algunas miserables cabañas; ⁽⁵⁾ Micenas, Tebas, antes tan grandes y ricas, amenazaban desaparecer de la faz de la tierra, y Delos, el antiguo santuario nacional de los griegos, no era más que una tumba. ⁽⁶⁾ Sin temor alguno se podía llamar también a Atenas un desierto, ⁽⁷⁾ y Grecia entera, de tal modo estaba despoblada, que apenas podía reunir 3.000 hoplitas, justamente el mismo número que la pequeña ciudad de Megara ponía antes en pie de guerra. ⁽⁸⁾

En Italia no era mejor la situación. ⁽⁹⁾ Roma, el gran canal de desagüe, todo lo había absorbido: Brucio y Lucania se habían convertido en desiertos, ⁽¹⁰⁾ y Apulia parece que estaba aún más despoblada. ⁽¹¹⁾ Sanusio y Arpi ó Agrippa, en otro tiempo las más grandes ciudades de la Magna Grecia, se habían convertido en pequeñas aldeas. ⁽¹²⁾ De 13 ciudades de la en otro tiempo tan poblada Yápigia, solamente Tarento y Brindis tenían importancia; las demás eran miserables nidos. ⁽¹³⁾ Nerón quiso levantar de su postración á Tarento y Ancio, colonizándolas con vetera-

(1) Seeke, *Untergang der antiken Welt*, I, 318-367, 501 y sig.

(2) Polibio, XXXVII 4, 4.

(3) Diodor., XVIII, 70.

(4) Pausanias, VIII, 33, 1.

(5) Id., X, 4, 1.

(6) Id., VIII, 33, 2, 3.

(7) Horacio, *Ep.*, II, 2, 81.

(8) Plutarco, *De defectu oraculorum*, 8. Cf. *Præcepta reipubl. ger.*, 32, 11.

(9) Champagny, *Los Césares*, (5) I, 20 y sig., 230 y sig., 255 y sig.; II, 106 y sig., 137 y sig.; III, 34 y sig.

(10) Séneca, *Tranquill. an.*, II, 13.

(11) Mommsen, *Röm. Gesch.*, (6) III, 531.

(12) Strabón, VI, 3, 9.

(13) *Ibid.*, VI, 3, 5.

nos, pero éstos no pudieron sostenerse en aquellos desiertos, y las abandonaron. ⁽¹⁾ Tampoco andaban mejor las cosas en las cercanías de Roma, en el Lacio, en la Sabina; Fidenas, Collatia, Veies, Sublicum, Galias, Bovilles, Túscolo, todas en otro tiempo importantes ciudades, aparecían en ruinas y despobladas. ⁽²⁾ Por todas partes se ofrecían inmensas extensiones de terrenos baldíos invadidos por bosques de malezas y retamas y frecuentados únicamente por caza mayor y rebaños de animales salvajes. ⁽³⁾ Las casas no estaban habitadas; los campos, cubiertos de zarzas y abrojos, no se cultivaban; las ciudades, faltas de ciudadanos que las conservasen, se arruinaban. ⁽⁴⁾

Lo mismo ocurría en el Mediodía, en el Norte, en la Galla, en Aquitania, en Borgoña, en la Retia. En todas las biografías, tan preciosas, de los primeros mensajeros de la fe y de los monjes de aquella época, se dice invariablemente que, en otro tiempo, se elevaba una ciudad romana en la región en que se habían establecido, pero que entonces había desaparecido ya; que los bosques habían descendido de las montañas para invadir los valles, antes cubiertos de viñas y cosechas; que los ríos habían rebasado sus riberas y convirtiéndolo todo en pantanos; que los habitantes habían huído, y que los lobos y los búfalos iban á visitar á los solitarios así que dejaban sin cerrar la puerta.

Tratábase entonces de atribuir á la especulación la causa del despoblamiento, de las malas yerbas y de la miseria, ⁽⁵⁾ pero no se encontraba medio alguno para contener los progresos del mal. Por lo contrario, todo lo que se emprendía para producir un cambio en la situación, sólo servía para hacer más rápida y completa la disolución. Ni se podía ni se quería cambiar el sistema origen del mal, y los medios aislados eran inútiles. Ahora bien, lo que con el trascurso de los siglos llegó á constituir este sistema fué

(1) Tácito, *Ann.*, XIV, 27.

(2) Horacio, *Ep.* I, 11, 7. Strabón, V, 2, 9; 3, 2, 9.

(3) Séneca, *Benef.*, VII, 10, 5. Columella, I, 3.

(4) Lucano, I, 24 y sig.

(5) Polibio, XXXVII, 4, 1 y sig.

el suicidio calculado, la consunción de todas las fuerzas morales y económicas, el agotamiento de los hombres, la rapiña ejercida en proporciones increíbles, el aniquilamiento de la pequeña y de la media propiedad, la extinción de toda vida económica por la esclavitud, y al lado de todo esto, un manejo del dinero como el mundo no lo había visto nunca hasta los más modernos tiempos. En desquite, el centro del Imperio atraía á sí, desde las extremidades de la tierra, los vicios y despojos de las naciones extranjeras, y luego, difundía sin pérdida de tiempo, hasta los rincones más apartados del mundo, el veneno que se había asimilado al chuparlos. Conquistar el mundo sin poder curar sus llagas, es ya en sí una empresa peligrosa y temeraria; ⁽¹⁾ pero allí donde el espíritu de la moral y de la civilización no se propone otro objeto que el cambio recíproco de defectos entre vencedores y vencidos, el poder y la cooperación de los pueblos no pueden ofrecer otro resultado que colmar la medida de la corrupción y madurar, para su ruina, el Estado todo entero con su civilización. ⁽²⁾

Cada día contemplamos el espectáculo de alguien que disipa sus bienes y ve pasar su propiedad á manos extrañas; pero la historia sólo puede ofrecernos un ejemplo de un mundo que se ha consumido por completo en el sentido propio de la palabra. ⁽³⁾

4. Toda la civilización exterior consagrada al retroceso ó á la ruina.—Encontrábase un consuelo extraño—quizás había también en ello algo de alegría maligna—en la idea de que una magnificencia más antigua y mayor había mordido el polvo. ⁽⁴⁾ Las conquistas, la brillantez, las riquezas del Imperio Romano, podían ser grandes, pero no superaban á las de las antiguas monarquías universales. Si los romanos disponían de medios extraordinarios, fueron aventajados, si no por los persas, por los babilonios y los

(1) Arnold, *Cultur und Recht der Roemer*, 21.

(2) Salustio, *Catil.*, 37. Séneca, *Consol. ad Helv.*, VI, 3 y sig. Lucano, I, 510 y sig.; VII, 405.

(3) Arnold, *Cultur und Recht der Roemer*, 44.

(4) Pausanias, VIII, 33, 1. Lucano, I, 70 y sig.

asirios. Mas, si nos atenemos á la magnificencia exterior, á la solidez, á la estabilidad y grandeza, es ciertamente la más antigua civilización del mundo, la de los egipcios, la que sobresale por encima de todas.

La historia de la civilización de los pueblos dista mucho de probar la existencia de un progreso indefinido; antes bien, en todas partes toma una marcha que vemos repetida á cada roturamiento de la tierra. Los primeros colonos que esclarecen la selva virgen apenas pueden aprovecharse de la espontánea fertilidad del suelo; pero si á esta fecundidad natural añaden un trabajo perseverante é inteligente,—y hay que atribuir en alto grado estas dos cualidades á los pueblos antiguos civilizados—entonces la fertilidad es casi inaudita. Pero, á cada nueva generación, se produce una debilitación de la fuerza primitiva; el trabajo se hace cada vez más penoso, y la producción disminuye sin cesar. Únicamente los medios artificiales pueden entonces prevenir el agotamiento completo; pero si ocurre una mala administración, la ruina es cierta. ⁽¹⁾

Esto concuerda de la manera más exacta con la marcha de la antigua historia de la civilización. Que el romano se preguntase con orgullo cómo podrían compararse sus acueductos con la magnificencia ociosa de las Pirámides ó con la suntuosidad inútil de los edificios griegos, lo consideramos como una manifestación, fácilmente explicable, de su patriotismo; ⁽²⁾ pero la verdad es que, en materia de construcciones grandiosas, los egipcios dejaron muy atrás á los romanos y á los griegos. Herodoto, que, sin embargo, sentíase orgulloso de ser griego, dice sin rodeos que todo lo construído por los griegos, sin excluir los templos de Éfeso y Samos, era muy inferior á un solo monumento egipcio, el Laberinto; ⁽³⁾ y su aserción no es en manera alguna exagerada.

¿Quién podrá jamás describir el trabajo, el arte, los cál-

(1) Hehn, *Culturpflanzen und Culturthiere*, (3) 3 y sig., 423 y sig.

(2) Frontin., *Aquæduct.*, 16.

(3) Herodoto, II, 148, 2.

culos exigidos por las construcciones hidráulicas y las esclusas de los egipcios? ⁽¹⁾ Todavía hoy, después que los siglos han ejercido sobre ellas su arte destructor, las Pirámides se yerguen ante nosotros como los más grandiosos monumentos que ha producido el hombre. Los soberbios mármoles blancos, negros, rosados, verdes, amarillos, azules, jaspeados, y los magníficos granitos de que estaban revestidas, han desaparecido; ⁽²⁾ pero ni el tiempo ni otro poder alguno han podido descantillar su masa imponente. ¡Qué mecánica, qué tenacidad, qué tesoros hubieron de necesitar los egipcios para construir con las piedras más preciosas y duras esos templos, esas salas, esas galerías inmensas, esas tumbas y esos palacios ciclópeos, esas esfinges y esos pilones gigantescos, esas estatuas colosales, esas columnas maravillosamente trabajadas, así como para pulir esas piedras y convertirlas en espejos, para ornamentarlas con millones de geroglíficos, para tallar en un solo trozo obeliscos altos como torres, para pulimentarlos, revolverlos, trasportarlos á centenares de leguas y elevarlos!... En los templos de Edfu hay un patio que mide 320 pies de largo, 260 de ancho, y que, por consiguiente, tiene una superficie de 83.200 pies cuadrados. Á derecha é izquierda se elevan 18 columnas de 42 pies de altura. Y todo ello está cubierto de pinturas. En este templo, el artista tuvo que pintar una extensión de más de 250.000 pies cuadrados. Entre las columnas, algunas tienen 12 pies de espesor, 37 de circunferencia y 70 de elevación, con capiteles de 22 pies de diámetro, 69 de circunferencia y una superficie de 380 pies cuadrados, y todo hecho de una sola piedra. ⁽³⁾ Á esto hay que añadir los obeliscos de que habla Plinio, ⁽⁴⁾ piezas monumentales que tenían 120 y 140 pies de elevación con una anchura de 11 anas. ⁽⁵⁾

Ante semejante espectáculo no cuesta trabajo alguno

- (1) Maspero, *Histoire des peuples de l'Orient*, 111 y sig.
- (2) Philo Byzant., *De septem orbis spectaculis*, II, 3, 4.
- (3) Opper, *Das Wunderland der Pyramiden*, (3) 84 y sig.
- (4) Plinio, XXXVI, 14 (3), 3.
- (5) Cada ana, 1'20 metros. (*N. del T.*)

crear el relato de la Sagrada Escritura, según el cual aquellos pueblos antiguos, con su arte y su fuerza de gigantes, concibieron el designio de elevar un edificio cuya cumbre tocara en el cielo. ⁽¹⁾ Eran generaciones á las cuales los proyectos más monstruosos y las tentativas más insensatas parecían completamente naturales.

¿Cuáles eran los conocimientos y las capacidades de los romanos, cuáles son los nuestros, comparados con semejante superioridad? Para transportar por ferrocarril un bloque de piedra de unos 7 metros de longitud, regalado por Luís II de Baviera á los habitantes de Ammergauen para hacer un calvario, fué preciso construir vagones nuevos, consolidar todos los puentes, y, no obstante, á pesar del vapor y del hierro, el corto trayecto que media entre Altmühl y Munich no se efectuó sin dificultades. Sí, razones sobradas tenemos para mostrarnos algo más humildes en lo referente á nuestros progresos, cuando reflexionamos que aquellos antiguos bárbaros, egipcios ó indios, poco importa, podrían fácilmente entrar en liza con nosotros. Con sus máquinas transportaban á distancias considerables un número increíble de piedras tan enormes, que nos sentiríamos tentados de relegar todo esto al reino de los mitos, si no fuésemos todavía testigos oculares de una parte del hecho. Los grandes patios del Laberinto de Egipto estaban cubiertos de losas de una sola pieza. ⁽²⁾ En Baalbek hay todavía piedras de 21 metros de largo y aun mayores. ⁽³⁾ Lo mismo ocurre en Palmira ó Tadmor. ⁽⁴⁾ En la construcción del Templo de Jerusalén, empleáronse, según el relato del historiador Flavio Josefo, bloques de piedra de 45 anas de longitud, 5 de altura y 6 de profundidad. ⁽⁵⁾ Las piedras ordinarias tenían 25 anas de largo, 5

(1) Genes., XI, 4; Smith-Delitzsch, *Chaldaische Genesis*, 120 y sig. Strabón, (2) XVII, 1, 37.

(2) Strabón, XVII, 1, 37.

(3) Ritter, *Erdkunde*, IV, 234 y sig., *Abbildungen in den Kathol. Missionen*, 1895, p. 130 y sig.

(4) Ritter, *Ibid.*, IV, 1508 y sig. Sepp, *Jerusalem und das Heilige Land*, (1), II, 307 y sig.

(5) Josefo Flav., *Bell. iud.*, V, 5 (14), 6.